SAN JUAN Y EL NUMERO CINCO

Cuando San Juan de la Cruz empieza a enumerar virtudes o defectos, provechos o daños, y dice: *son éstos,* y luego, *a saber*—dos puntos—, reposa el aire, volvemos a la infancia, se nos pasma la boca y nos pasean las moscas por la cara.

Sorprende siempre que la intimidad del alma se pueda numerar, clasificar, dividir, con tanta precisión, dejándolo todo dentro de los números.

San Juan es un hombre claro, sin llegar a esa claridad en que todo se confunde, a esa claridad que es limitación, que es demasiado clara. La de un epítome o un catecismo, por ejemplo.

Por su afán de claridad divide y enumera las cosas hasta tres, cuatro, cinco, siete partes. Pocas veces rebasa el número siete. Y si puede quedarse en el cinco, se queda. El cinco es la medida de San Juan.

A primera vista puede parecer que San Juan busca el cinco a toda costa—cuando podía haberse quedado en el cuatro o el tres—, insistiendo, casi con sinónimos, en los vocablos anteriores. Esto es falso. A cada palabra le da lo suyo, lo de la palabra, y lo de él, lo de San Juan. Sus vocablos están trillados, tallados. *Enturbiar, ensuciar* y *oscurecer,* por ejemplo, son palabras diferenciadas con claridad en su obra. Lo que me parece probable es que San Juan tuviera alguna cosa más que decir después de algunos cincos; pero, si no le urge mucho, corta el hilo.

San Juan es el poeta—primero eso, el poeta, y prosista después—que mejor ha barrido en el mosaico de las palabras, dándonos milagrosamente en el todo sintáctico la palabra aislada. Quiero decir que, al leer a San Juan, nos interesa tanto, se destaca tanto el ladrillo como la casa. Cada palabra aparece aislada por un aire sereno, y tanto nos empuja a las demás palabras como nos enajena ella misma. ¡Y cómo están puestas! ¡Qué sería de nosotros, del poema, y del mismo San Juan si faltase una de ellas! Cualquier palabra es clave, cualquier palabra de San Juan cierra el arco de su poesía. Seguramente se ha perdido hoy la fórmula del cemento sintáctico de San Juan, tan inviolable y limpio, como se han perdido cementos que emplearon los romanos en algunas fábricas.

A mí, que creo estar en el secreto, me divierte cuando San Juan, con esa seriedad garbosa que le caracteriza, nos dice: "Las condiciones del pájaro solitario son cinco", y comienza, muy serio, a enumerarlas. O "cinco daños causa al alma cualquier apetito". O "un apetito desordenado causa tormento, fatiga, cansancio, ceguera y flaqueza". O si saca a colación los sentidos, que tanto representan, sublimados, en su teoría mística, en su nomenclatura poética, que viene a ser lo mismo,

en su vida, y que también son cinco: ver, oír, oler, gustar y tocar. O cuando, hablando de las palabras de Dios, dice: "Acerca de éstas no tiene el alma qué hacer, ni qué querer, ni qué no querer, ni qué desechar, ni qué temer." O, enunciando "los daños que las noticias de cosas sobrenaturales pueden hacer al alma si hace reflexión sobre ellas", cuando dice que "a cinco géneros de daños se aventura el espiritual". O "de los cinco provechos que se siguen al alma de apartar el gozo de los bienes morales", etc.

¿Por qué prefiere San Juan el número cinco? El cinco es un número céntrico. Es el centro entre el cero y el diez, entre el cero y el mil. Si ocupa el centro ha de ser un número que toca la túnica a Dios. A izquierda y derecha de él, detrás y delante del cinco, es igual todo, hay equilibrio y armonía. ¡Qué excursiones precisas, qué incursiones al alma se pueden hacer desde el cinco! El seis se vence por el otro lado, el cuatro por éste. San Juan, además, quiere enseñarnos sin irse muy lejos—él, que se marchó al cielo por los cerros de Ubeda—, como a inexpertos en la materia, como a pequeñuelos. Una frase de San Pablo a los corintios, que cita San Juan, es: "Como a pequeñuelo, en Cristo os di a beber leche y no a comer manjar sólido." El nos lleva de la mano hasta el número cinco, aunque, a veces, tenga que seguir hasta el siete o el ocho. ¿Por qué prefiere este número San Juan? La tabla aritmética del cinco es la más alegre de todas. En ella las Matemáticas se hacen verso, canción, y la mente de los niños alienta y se esperanza. Están distraídos, pero la cantan sobre ruedas. La tabla del cinco es la anunciación para los niños de Bach, Beethoven o Stravinsky. Sólo por ella se le ven los ángeles a la Aritmética. El cinco tiene, además, una *i,* como Cielo, Virgen, Dios, Niño, como todos los niños: Pepito, Juanito, Pedrito, Alfonsito. Los sentidos son cinco, y uno ellos, el tacto, tiene en cada mano cinco dedos, cinco instrumentos. A pensar hasta el cinco podemos llegar todos: las monjitas de los conventos que aleccionaba San Juan, los doctos y las pobres gentes. San Juan era una cometa por la que miraban al cielo los humildes. Como su pájaro solitario ponía el pico al aire y estaba siempre abstraído en el tejado. Tuvo siempre presente lo que él mismo había dicho: que, pudiendo haberse enseñoreado de la tierra, Jesucristo "se sujetó a gente baja".

Yo creo que San Juan, que él me perdone, cuando tenía que pasar del cinco, se ponía multas de cilicio, en aquella España de Felipe II, como nuestra España de siempre, llena de multas.

MEDARDO FRAILE